

El indestructible Roberto Arlt*

Entre los cantos de ida y vuelta de los últimos tiempos, el más sonado en la escena editorial es el de Losada, que llega a España después de una larga temporada en la Argentina. Producto de su nueva residencia es este volumen que reúne todos los cuentos de Roberto Arlt: *El jorobadito*, *El criador de gorilas*, además de cuarenta y nueve relatos dispersos que el autor dio a conocer a través de la prensa. Se trata de la edición más completa aparecida hasta la fecha (incluida la realizada, en su momento, por Omar Borré y Ricardo Piglia para Seix Barral), que ahora se presenta con prólogo de Gustavo Martín Garzo y postfacio de David Viñas.

Borges dijo que la elaboración en Kafka era menos admirable que su invención. Tal vez se podría decir lo mismo de Roberto Arlt (1900-1942), autor que ensayó con irregular fortuna durante su breve vida distintos géneros: la novela, el teatro, la crónica periodística. De hecho, ha sido uno de los autores

más criticados por los puristas de la lengua y de la forma, que le recriminaron descuidos léxicos y sintácticos, aunque bien es cierto que otros supieron ver en su prosa un rechazo por la literatura estetizante que impedía la incorporación del lenguaje vivo, propio del habla coloquial, que este autor introduce y lleva a su máxima expresión en buena parte de su narrativa. La famosa frase «Rajá, turrítu, rajá» que alguien le dice a Remo Erdozain, el protagonista en la novela *Los siete locos*, da muestra de ello y de la ferocidad que las palabras conjugan y convocan. Pero Arlt, claro está, resulta admirable por otros valores que encierra su estrategia narrativa y de la que surgen núcleos esenciales para interpretar el funcionamiento social, no sólo de Buenos Aires (centro neurálgico de muchas de sus creaciones), sino de cualquier sociedad. La fuerza de su invención radica en el retrato de personajes que viven arrojados a una búsqueda infructuosa de sentido individual ante una realidad vaciada de todo soporte religioso y filosófico, político y cultural que, en otro momento, parecía conformar un apoyo posible. Seres que se encuentran, como el propio Arlt, instalados en el vertedero de los años 30, y cuando despiertan de sus sueños deben enfrentarse a miserias y humillaciones, a la falsa moral del pequeño burgués, a la competencia

* *Cuentos completos*, Roberto Arlt, Losada, Madrid, 2002, 821 pp.

descarnada de una sociedad basada en el dinero, que genera robo, fraude, estafa, desesperación, crimen; incluso, quimeras: lotería y juego como medios para obtener fortuna y escapar fácilmente de la pobreza. Sociedad corrupta y criaturas desencantadas proyectándose en el tiempo con una vigencia alarmante. De ahí que su obra –sobre todo las novelas *El juguete rabioso* (1926), *Los siete locos* (1929) y *Los Lanzallamas* (1931)– goce de tanta vigencia después de haber sido escritas hace más de setenta años y suscite interés en cada nueva promoción de críticos.

Entre los numerosos objetores de la escritura de Arlt se encontraba Juan Carlos Onetti. Los reparos en este terreno tienen, en efecto, asidero. El lector podrá comprobar leyendo, en especial, los cuentos de *El jorobadito*, que en ellos abunda una escritura excesiva, exacerbada que, increíblemente, no le resta interés al contenido de los relatos, aunque ese fluir de la escritura al dictado de lo mucho que quería contarnos resulte incorregible. Sin embargo, si tomamos en cuenta la necesidad económica que dio origen a la mayoría de sus narraciones hechas para los medios, con todo lo que esto implica (inmediatez, tiempo escaso de elaboración, etc.), es decir, el estado de emergencia en el que fueron escritas y la juventud de Arlt (compuso su dilatada obra

antes de los 42 años), resulta un escritor admirable.

Inventor a ratos, empresario malogrado, también quiso ser un hombre comprometido con su tiempo. El periodismo cultural y político que ejerció sin sosiego fue una de las formas de entrar en la discusión sobre las cuestiones estéticas y sociales de su época. En la llamada «década infame» dejó hasta de publicar novelas para intervenir de manera más directa en la esfera pública. Fue entonces cuando participó activamente en grupos de izquierda (Unión de Escritores Proletarios, Bandera Roja y Actualidad, brazos del Partido Comunista Argentino) y, asimismo, en los movimientos de arte dramático a través del Teatro del Pueblo. Por aquellos años realizó, además, su único viaje a Europa. En 1935, se trasladó a España y África como corresponsal del diario *El Mundo* de Buenos Aires, viaje que le proporcionó sustancial material tanto para sus crónicas sobre la rápida evolución del fascismo en el entorno supuestamente civilizado del viejo continente como para sus obras breves de ficción.

A partir de aquí no cesó de escribir relatos, aguafuertes y piezas teatrales. De 1941 es *El criador de gorilas* donde aparecen, como en muchos de sus otros cuentos, lugares exóticos diferentes a los que recorren sus personajes, por ejemplo, de *El jorobadito* o de aquellas

creaciones que transcurren en espacios urbanos, fácilmente reconocibles dentro del ámbito argentino. Entra África y comienza a funcionar en su sistema literario el relato de corte fantástico.

Este segundo período, que abarca los últimos diez años de su vida, estuvo marcado por la persecución del reconocimiento y el prestigio que ostentaban otros autores de su generación, los «camaradas», como él denomina a sus coetáneos en «El escritor fracasado», quizá con cierto retintín. Etapa en la que su mirada, sin perder el punto crítico, tiene el brillo fascinado del viaje. Obra la maravilla, el asombro. El exotismo de Oriente hace acto de presencia en su prosa que se torna más cuidada y detallista, aunque sus construcciones, ahora más perfectas, acusan un marcado decaimiento de esa atmósfera de densidad insoportable de su primer período, que lo convirtió en un escritor genial.

Julio Cortázar dijo con razón: «Arlt es el autor de un gran relato único que se parcela a lo largo de su búsqueda, de sus vacilaciones, de su interminable rondar al borde del abismo central en el que ha de precipitarse Remo Erdosain». Las setenta y tres narraciones breves de los *Cuentos completos*, con sus aciertos y desajustes, conforman indudablemente una parte insoslayable de su gran relato.

Reina Roffé

Continuidad y sorpresa en la poesía de José Ramón Ripoll¹

A caballo entre una generación de la lírica española que comenzó a finales de los sesenta enarbolando el lenguaje como fin absoluto de la poesía, a pesar de sus diversas modulaciones; y entre otra generación que a mediados de los ochenta quiso defender su exclusivo compromiso con la vida normal del hombre que sufre y sueña a diario (con todas las variantes notables dentro de esta tendencia, habría también que advertir), la poesía de José Ramón Ripoll (Cádiz, 1952) ha sabido conciliar de un modo sincero y natural estos dos fines inexcusables del quehacer poético. Lo que nos entrega en este volumen titulado *Hoy es niebla* confirma la coherencia de ese admirable equilibrio entre materia y forma, reflexión y emoción, claridad y misterio. Se trata de la reedición unitaria de tres libros que constituyen un ciclo de madurez y de progresiva autoexigencia en su escritura: *El humo de los barcos* (1984), *Las sílabas ocultas* (1990) y *Niebla y confín* (2000). Por las fechas de cada uno se obser-

¹ Sobre su reciente volumen poético *Hoy es niebla* (Madrid, Visor, 2002, 150 pp).

va que tal coherencia corresponde a un lento proceso de creación urgido por unas mismas inquietudes, que van recibiendo nuevas iluminaciones con el tiempo.

Uno de los grandes méritos de esta poesía, al menos en el volumen que nos ocupa, es el de haber partido de un mismo motivo temático que, de principio a fin, nos va revelando nuevas caras del problema y ocultando otras, de manera que el lector se va haciendo cargo de la inmensa magnitud de la cuestión hasta acabar por renunciar a una complaciente y simplista solución definitiva. Tal cuestión o problema no es otro que el de la mutabilidad continua de nuestra existencia y el de la permanencia significativa de las palabras que intentan expresar el sentido que tuvo –y el que ahora tiene– la experiencia vivida, continuamente modificada por las experiencias posteriores y por la labor incesantemente recreadora de la memoria. ¿Cómo encerrar en palabras lo que en sí no tiene límites? En esta búsqueda el poeta se enfrenta siempre a la insuficiencia de su razón y de su palabra para entender los caprichos del Tiempo, aunque sólo con palabras podrá dar cuenta de este misterio último que nunca se desvelará –no podrá desvelarse– del todo.

Lejos de todo patetismo y de su antítesis, la celebración de una certeza que no tiene, la poesía de Ripoll transcurre en un caminar

sereno y armonioso, donde la oscuridad del sendero no es tiniebla ni claridad absoluta: es *niebla*, búsqueda continua de un sentido último ante el que no cabe ni apresurar el paso ni desgañitarse desesperadamente. Así, en un poema titulado precisamente «El nombre de la muerte», el poeta nos aconseja, a la vez, serenidad, expectación y paciencia ante esta inevitable visita: «Cuando estés frente a ella no la toques,/ siéntete tan perdido como naciente es todo/ y observa la hermosura de un absurdo destino/ que te explica la vida en medio de la muerte...» (p. 65).

En consonancia con esa rica variedad de cuestiones en torno al problema central apuntado (el inestimable valor de la palabra y su insuficiencia última para explicarlo todo), el lenguaje poético de Ripoll en estos tres libros también nos conduce a una casi continua sorpresa (en algunos poemas del primer y segundo libro asistimos a ciertas reiteraciones, pero poco frecuentes en el conjunto). Y así pasamos, dentro de un mismo poema, de la armonía gozosa de una supuesta percepción sensorial («Cuando tocan las aguas los arcángeles/ la vida se desboca y una sonrisa inunda/ el arbitrario gesto de los atardeceres...»), a la reflexión y mayor concentración intelectual («Lejano el mar confunde su destino/ con la faz de su nombre, con su escrito/ perpetuo». Ambos fragmentos pertenecen al poema